

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

Cantos sin eco

POESÍAS

CARTA-PRÓLOGO DE

DON MANUEL REINA

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2

1899

2,50 pesetas

CANTOS SIN ECO

S. González Anaya

B
338

A insigne autor de "Historia
Andaluz" en admirados apaci-
-veos H. Anaya

CANTOS SIN ECO



R. 17886

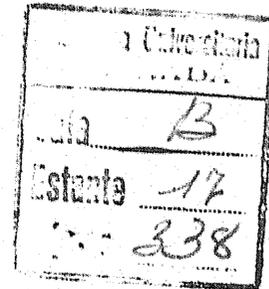
SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

Cantos sin eco

POESÍAS

CARTA-PRÓLOGO DE

DON MANUEL REINA



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2

1899

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

CARTA-PROLOGO

Málaga. Tip. de Zambrana Hermanos, Agustín Parejo, 11

Sr. D. Salvador González Anaya

Mi querido amigo: Acabo de leer la colección de sus poesías que con el original cuanto modesto rótulo de "Cantos sin eco," se propone V. dar á la estampa. Mucho me honra V., amable colega, solicitando mi opinión acerca de sus composiciones, y con el mayor gusto—no á título de crítico, que nunca lo fui, sino como uno de tantos amantes de las letras—expondré en las siguientes líneas, si desmayadas y pobres de estilo, ricas de afecto y sinceridad, el juicio que la obra poética de V. me merece.

Nadie dirá—á no saberlo—que el autor de "Lamento," "Spoliarium," "Melancolía," y tantas otras inspiraciones enlutadas,—que parecen nacidas entre las nieblas del Norte—cincela sus amargas estrofas bajo

el cielo azul de la deliciosa Málaga, donde el sol y la risa bañan la fuz de los niños, los jóvenes y los ancianos.

Declaro que yo también he sido sorprendido: esperaba, al recorrer las páginas de su obra, oír músicas de flautas, de violines, de guitarras y panderetas, y solo han llegado á mis oídos lamentos desgarradores y trágicos sollozos. Y he visto en el autor de poesías tan desoladas, viajero melancólico que camina por la región de los lígubres ensueños, sin volver la cabeza hacia los horizontes diáfanos de su país natal.

Tampoco sospecharé quien no conozca á V., que los "Cantos sin eco," tan enérgicos y elevados y tan profundos á veces, son el fruto de una imaginación que aun vuela en el dorado alcázar de la ignara y feliz adolescencia.

¡Qué pocos literatos, en esa edad, habrán escrito con la elegancia y alteza de pensamiento que avaloran los versos de V! Y ¡cuántos láuros reserva el porvenir al que á los veinte años traza con mano firme y cerebro luminoso composiciones tan bellas como los "Cantos sin eco," entre las cuales se destacan con singular hermosura la "Epístola," "La Sirena," "La

"Elocuencia," y los cuartetos, sin título, dedicados al Sr. Luque Gutierrez.

Lágrimas de dolor fulgurán en sus rimas de acero,

"como la sangre esmalta de rubies
la hoja resplandeciente de la espada,"

¡Lágrimas de dolor en la alborada de la vida!
Quiero creer que ese dolor más que experimentado es presentido. Si así no fuera, habría que convenir, mi buen amigo, en que la corona de rosas que ciñe su musa juvenil está llena de punzantes espinas.

Y felicitándole cordialmente por su primer libro, nuncio de otras muchas obras que han de colocar muy alto en las esferas del arte, el nombre del autor de "Cantos sin eco," queda siempre suyo afmo. amigo que le quiere

MANUEL REINA

27-Marzo 99

POESÍAS

LAMENTO

A Arturo Reyes

Emprendí el paso valiente,
hacia el altar de la gloria,
y al comenzar el camino,
preso de mortal congoja,
caí del olvido liviano
entre la deshecha escoria,
¡con las esperanzas muertas,
y las ilusiones rotas!
Mas si alzo desengañado
el rostro, que al suelo toca,
y veo del ara brillante
la alba luz esplendorosa,
como el audaz Prometeo
que encadenado á la roca,

contra el cielo se revuelve,
 pero en su impotencia llora;
 así desde mi prisión,
 que cierra la dura losa
 del olvido, ¡clamo al cielo,
 testigo de mi deshonra!
 ¡Resignación! me aconseja
 el alma torpe y me exhorta
 porque me resigne; en vano
 me dice, que con devota
 oracion, Fé al cielo pida;
 ¿Fé y Resignación, qué importan
 desde el lodo en que padezco
 los pesares que acongojan,
 la humillación que zahiere,
 y las virtudes que estorban?
 ¡Quiero luchar! aunque el cielo
 á mis esfuerzos se oponga,
 que aunque es muy largo el camino,
 fuerza y alientos me sobran!
 ¡Acudid, genios del mal!
 ¡Acudid, que esta es la hora,
 en que la lucha comienza,

entre el olvido y la gloria,
 entre la virtud y el vicio
 y entre la luz y la sombra!

¡Y si perezco en la lucha,
 será mi muerte gloriosa,
 aunque caiga del olvido
 entre la deshecha escoria,
 con las esperanzas muertas,
 y las ilusiones rotas!

CRISTO EXPIRANTE

ANTE UN CUADRO

el Joaquín Alcaide de Sañca

Tanto el rostro descansa humanamente
sobre el exangüe pecho que respira,
que en tan grandiosa creación se admira
la fé cristiana del pintor valiente.

Negra mancha de sombras por la frente
como suelto vapor flotante gira,
¡y hasta el gemido en la garganta expira
ante el egregio funeral presentel

El sol esfuma su sangrienta llama,
la voz de Cristo ¡Redención! exclama,
y el eco triste ¡Redención! murmura.

¡Pero el rumor del pueblo que se aleja,
vibra en los aires como amarga queja
que espanto y muerte y destrucción augural

¡COBARDE!

Vete de mi lado,
que yo no te oiga;
¡valiente consuelo me das cuando dices:
los hombres no lloran!

Los hombres no sienten
ni lloran sus penas;
¡si todos tenemos el pecho de bronce
y el alma de piedra!

Pero no te vayas,
ven acá y escucha
lo que tú me dices que serán delirios
de mi calentura.



¡Qué bien dijo un sabio,
por una coqueta,
que no hay en el mundo ni cielos sin nubes,
ni amores sin penas!

¡Yo seguí tus pasos
con amantes ansias,
y en la ardiente hoguera de tus ojos negros
me quemé las alas!

Eres un demonio,
yo te creí un ángel;
¡cuando supe lo mala que eras,
pensé en olvidarte!

¡Triste desengaño,
conque herí mi pecho;
mi querer con la lucha se hizo
más hondo y más recio!

Y porque llorando
me miras ahora,
¡Cobarde! me dices ¡Pareces un niño!
¡Los hombres no lloran!

Tu desdén me hiere,
tu traición me mata;
pero ese sarcasmo que á tus labios sale
me destroza el alma.

¡Qué bien dijo un sabio
por una coqueta,
que no hay en el mundo ni cielos sin nubes,
ni amores sin penas!



LA ELOCUCENCIA

de José Contreras

El orador tranquilo se levanta,
arde en su frente el rayo de la idea,
y el genio que en sus ojos centellea
brotó como un raudal de su garganta.

Su voz, que vibra y llora y gime y canta
en la grandiosa alocución emplea
y enmudecen el pueblo y la asamblea
mientras la voz se aviva y se agiganta.

Como afilado acero deslumbrante,
el alma esgrime de furores llena
con la voz, con la acción, con el semblante;

Y al acabar la tribunicia escena,
se sienta entre el aplauso delirante
del pueblo á quien libró de su cadena.

COPLAS

A Narciso Díaz de Escovar

¡Amor como el amor mio,
no existe sobre la tierra,
que es fuego que me consume,
y esperanza que me alienta!

No pienses tú en que yo olvide,
lo que mis labios te juran,
que un amor que llega al alma,
¡eso no se olvida nunca!

¡Los ojos que me miraron,
que ingratos conmigo fueron,
cuando mi amor olvidaron,
pena de muerte me dieron!

El día que tú me mates,
que no me den sepultura,
que entre tus brazos de nieve,
tengo labrada mi tumba.

La canción de los amores,
es la canción que yo entiendo,
no tiene más que una escala,
hecha con notas de besos.

Deja, amor, que el canto mío
lo lleve el aire en sus ondas,
¡que lo sientan muchas almas
y lo canten muchas bocas!

¡Luz! dijo un sabio al morir,
mucho luz, que sinó muero.
Y murió por no haber visto
la luz de tus ojos negros.

Con una copa de vino
consuelo todas mis penas,
¡como la copa me quiere
no encontraré quien me quiera!

NUEVO LAMENTO

al Enrique Rivas Casala

Torné á la lucha sangrienta,
y en el campo de batalla,
donde rodaron un día
mis últimas esperanzas,
con el dolor en la frente,
y con la noche en el alma,
caí, lanzando un lamento,
más que de aflicción, de rabia!
Lamento que el aire lleva,
como fúnebre plegaria;
canción de un alma que llora
sin gemidos y sin lágrimas;

eco fugaz de una lira
rotas las cuerdas de plata;
rugido de un dios que muere;
vago rumor sin palabras;
trino de pájaro errante,
que en la noche solitaria,
por olvidar sus dolores
entre las tinieblas canta;
ese es mi lamento y ese
es el dolor que me abrasa.
¡Llora! me dicen los ojos,
prontos á soltar sus aguas,
y yo no lloro, aunque el llanto
dá resignación cristiana
y un consuelo ¡tan hermoso
que al más valiente acobarda!
¡Que no quiero más consuelo,
que el que me infunda mi espada,
cuando derribe los dioses
que la estupidez levanta!
y si he de morir luchando,
antes que en la tumba caiga,
¡quiero ver á un dios mentira

aherrojado á mis plantas!
Ese es mi ideal sangriento
y esa es mi única esperanza,
que no voló con las otras,
como burbuja liviana,
cuando caí desvanecido
sobre el campo de batalla,
¡con el dolor en la frente,
y con la noche en el alma!

NIDOS

A Ricardo León y Román

Llegó el otoño y arrastró las hojas;
su hogar abandonó la golondrina
y el vuelo errante levantó buscando
azules cielos y templados climas.

Heló el invierno las sonoras fuentes,
callaron los arroyos, prisioneros,
¡y el hondo valle se quedó más triste
que el nido aquel que abandonó su dueño!

Negó una tarde y salpicó la nieve
hasta en el fondo del oscuro nido;
¡también la nieve del dolor blanquea
el corazón enamorado mío!

¡Feliz nido de amor! Tú cuando arriben,
viajeras del sol, las golondrinas,
tendrás de nuevo azules horizontes,
nacientes yemas y templadas brisas.

¿Pero al yermo nidal de mis ensueños,
qué golondrina volverá, si el árbol
desnudo, no le ofrece grata sombra,
ni el sol el haz de sus calientes rayos?....

¡El invierno es fugaz para el que espera
la primavera del amor, y eterno
para el que llora una esperanza rota,
para el que gime del dolor al peso!...

MELANCOLÍA

el Enrique Redel

¡Aquí fué! Pronto hará un año,
de aquella tarde serena,
en que al recatado abrigo
de miradas indiscretas,
bebiendo amor en sus ojos,
lámparas de mi existencia,
yo le canté mis amores,
y ella me cantó sus penas.
Aunque guardo en el alma triste,
como dulce miel hiblea,
el calor de sus miradas
y el aire de su belleza,

y aquellos besos callados,
y aquellas falsas promesas
en que me juraba amores
y fidelidad eterna.
¡Ay, cuánto gocé los días
de mi fugaz primavera
en que volaban las horas
de amor y de gloria llenas!
¡Y cómo huyeron del alma,
hacia regiones más bellas,
las ilusiones brillantes
que la juventud engendra!
¡Melancólicos recuerdos,
restos de la estinta hoguera
que alimentó mi entusiasmo
y apagó mi indiferencia;
si sois balsámico alivio
para las almas enfermas,
y haceis milagros, curadme
de mis profundas tristezas!
¡Volved, recuerdos dorados!
¡Volved á mi mente inquieta,
y alegren mis tristes horas

vuestros cantos de sirena;
y que á mi cerebro oscuro
un rayo de luz descienda,
ya que el dolor también baja
á hacer mi noche más negra!

SPOLIARIUM

A José María de Silva

La tempestad bramadora
que á todo poder alcanza,
hacia nuestro encuentro avanza
con impulsión destructora.

Ya de la muerte es la hora,
mas, de esquivar su acechanza,
¿quién no tendrá la esperanza,
la esperanza engañadora?

De la cólera divina
será instrumento la muerte
y todos pereceremos...

¡La tempestad se avecina!
¡Nadie llore nuestra suerte,
que todos la merecemos!

TUS OJOS

Deslumbran y centellean
tus soñadoras pupilas,
como dos negros diamantes
á la luz del Mediodía.

Son tristes como una noche
llena de luna, y rutilan
con vaguedades extrañas
y refulgencias magníficas.

Tu alma toda vive en ellas,
y cuando clavas la vista,
con una sola mirada
la voluntad esclavizas.

Como leve mariposa,
que con amante porfía,
ronda la luz que le atrae
con el brillo de sus chispas;

mi vista ronda la tuya,
enamorada y sumisa,
porque en sus tristezas siente
la atracción que la cautiva.

¡Feliz el que vé su imágen,
tan cerca del alma, fija
en el cristal esplendente
de tus oscuras pupilas;

que lucen y centellean
con refulgencias magníficas,
*como dos negros diamantes
á la luz del Mediodía!*

EPÍSTOLA Á UN AMIGO

No quiero, noble amigo, los rigores
de mi volante suerte hacer ajenos;
pero ya que una epístola me pides,
lee estos largos versos desiguales,
en donde se retratan de mi alma,
los fugaces recuerdos de la dicha,
las tremendas batallas de la duda
y los dolores del amor perdido.

No aspiro, noble amigo, á que estos versos,
lamentos de un espíritu doliente,
te hagan sentir lo que sentir me hacen,
que aun no cerrada la sangrienta herida,
llevo el dolor aquí, dentro del pecho,

siempre terrible y nunca moribundo,
como el precito en su conciencia lleva
el afrentoso estigma del pecado.

Enfermo, triste, solo y abatido,
y huyendo la monástica existencia
de los paternos lares silenciosos,
en busca de aire y luz salí á la calle,
cuando al pasar por el umbral de un templo,
retiro de las almas dolorosas,
centro de redención y bienandanza,
de perdurable amor y eterno olvido,
en la grandiosa, solitaria puerta,
miré á la diosa de mi amante celo.

Tembló la eterna lira, y de sus cuerdas,
fibras del alma, gemebundo y triste,
brotó un lamento. La entibiada llama
que escintilaba con muriente lumbre,
al fino soplo de la alada sombra,
se convirtió en hoguera deslumbrante.

Cuando el recuerdo de mi amor perdido
se iba hundiendo en las brumas del pasado,

y el peso de mi cruz, cauterio rudo,
iba curando la sangrienta llaga
que abrió el amor en mi tranquilo pecho
con inocente afán, en la ancha puerta
del santo templo en que Jesús moría,
volvió el incendio á iluminar mi mente
al surgir del rescoldo, como el ave
mitológico Fénix, renaciendo
de sus blancas cenizas apagadas.

¿Qué he de decirte, cariñoso amigo,
de un espíritu enfermo que recibe
tan repentina sensación? Tú sabes
que en los dolores de la humana vida,
el débil llora y el soberbio ruge;
¡pero ¡ay! del débil que llorar no puede!
¡que ha de saltar la lira de su alma
rota en pedazos!

Quebrantada, y prontas
á romper la tensión que la sujetan,
las cuerdas de mi lira, sólo tienen
una triste canción, con la que piden
tregua al dolor, á la virtud auxilio.



La profilaxis á mi mal buscando,
 el mal que llevo en mí siempre escondido
 más adentro del alma, locamente
 quise encontrarlo en mi razón turbada;
 pero en el borde del abismo negro,
 donde vive la duda y donde entona
 sus misteriosos cantos de sirena,
 tropecé y descendí con rudo empuje
 al insondable fondo,
 dejando entre los picos afilados,
 la fé, la religión y cuantos dones,
 próvida, atesoró Naturaleza,
 dentro del alma humana,
 del alma para adorno y para vida.

Y en ese fondo del abismo impuro,
 ¡cuántas amargas horas de quebrantos!
 ¡cuántas noches de insomnio, y cuántos días
 sin luz, sin esa luz que al alma afluye,
 abundante raudal de fé cristiana,
 dando aliento y consuelo al moribundo,
 santa resignación al desvalido,
 caridad al magnate y al poeta

la inspiración que en sus estrofas brilla!

Dueño de mi amistad, deja, y perdona
 si mi doliente frase te importuna,
 correr la savia de mi oculta pena,
 pero ¿qué he de decirte de la dicha,
 si ahora vuela tan alta que no acierto
 á mirarla cruzar el horizonte,
 como águila caudal que el vuelo tiende
 por los azules velos del espacio?

Yo seguiré sufriendo mi recuerdo,
 más grande que el dolor y más terrible,
 y si en mi oscuro espíritu, la duda,
 á los albores de la fé naciente,
 va lentamente huyendo, como huye
 el crespón de la noche solitaria
 al acercarse el alba brilladora,
 furtivo heraldo de la luz del día,
 rompiendo el arpa que temblando llora,
 quizás vuelva á entonar con voz sonora,
 la brillante canción de la alegría!

JUGUETES

al Manuel Altolaguirre

I

EL CAUTIVO

Tengo un jilguero cautivo
en una jaula dorada,
que cuelgo al rayar el día
del marco de mi ventana.

Nunca dió al viento los trinos
conque los jilgueros cantan,
siempre le ví, mudo y triste,
aletear en su jaula.

Pero hoy ha cruzado el cielo,
cantando, alegre bandada
de aves, que vuelan en busca
del sol ardiente del Africa;

¡y el prisionero ha dejado
escapar de su garganta
una canción, que parece
hecha con notas de un alma!

¡Corazón, corazón mío,
que en tus soledades callas,
también por mi cielo cruzan
bulliciosas caravanas!...

¡Son brillantes ilusiones
y risueñas esperanzas,
que van cruzando los cielos
á hacer su nido en las almas!

II

LA NIÑA MUERTA

La niña cerró los ojos
en donde ardía la hoguera
de la fiebre, dió un suspiro
y reclinó la cabeza...

La pobre madre, llorando,
se abraza á su niña muerta,
y por su nombre la llama
y con su llanto la riega.

Tenía los ojos negros
y rubia la cabellera,
la cara como la nieve,
las manos como la cera;

y se murió como un pájaro,
sin exhalar una queja,
arrasaditos los ojos
en lagrimitas de pena...

¡Murió de amores y olvidos!
¡Pobre flor de primavera!
¡Con las hojas de los bosques
el Otoño se la lleva!...

III

OTOÑAL

¡Ya se fué la floreciente
primavera! ¡Ya no cantan
colorines en la fronda
ni ilusiones en el alma!

Ya no hay rosas en los prados,
ni nidales en las ramas,
ni esplendores en el cielo,
ni murmurios en el agua.

Rotas nubes se confunden
en el aire que se apaga,
y hay augurios de tormentas
en los besos de las auras;

Mientras van mis desengaños,
hojas secas de mi alma,
de los bosques amarillos
por las sendas solitarias.

ADIÓS Á MÁLAGA

¡Adiós Málaga! ¡Adiós, vergel risueño,
cielo azul, hondo valle, patrio nido,
canto de amores que arrulló mi sueño,
rumor de olas que vibró en mi oído!

En tí alienta la brisa embalsamada,
que mi pecho aspiró por vez primera,
en tí, mi juventud enamorada,
pasó su florecida primavera.

Muda testigo de mis ansias locas,
tú sabes mis dolientes desvaríos,
y en cada esquina de tu radio evocas
la amante fé de los recuerdos míos.

¡Ay, quién pudiera, con feliz mudanza,
 volver el tiempo al venturoso día
 que hoy mi recuerdo sin querer alcanza
 como un delirio de la mente mía!

¡Quiero volver atrás, pero ya es tarde!
 ¡Ya es tarde, por mi mal, mi alma está llena
 de ansias de gloria, y en mis venas arde
 fuego devorador que la envenena.

Ya deslumbrado de la luz del cielo,
 he de estar deslumbrado mientras viva,
 y si sucumbo en lucha con mi anhelo,
 sucumbiré gritando ¡arriba! ¡arriba!

Pero aunque tengo el corazón, ahora,
 más fuerte que el amor de mis cantares,
 ¿quién no llora, Señor ¡ay! quién no llora
 al escapar de los paternos lares?

¡Hoy á la lucha, por amor, me lleva
 la no vencida fé de mi destino!
 ¡Yo saldré bien de la brillante prueba!
 ¡Yo llegaré al final de mi camino!

ESTROFAS

Yo tengo el alma rota
 del infortunio á los tenaces golpes;
 el dolor es mi guía,
 la adversidad mi norte.
 Mi consuelo es la duda
 que vive en mi alma insomne,
 como el medroso buho
 en las ruinas de la vieja torre.

Mi alma es inculto páramo
 que se abre en dilatados horizontes,
 siempre igual, sin arroyos,
 sin aves y sin flores.
 Paisaje siempre triste,

mudo y desierto, en donde
en perenne crepúsculo
arde un sol de apagados resplandores.

Ni una ilusión anima
de la existencia los dormidos goces;
ni un viagero la eterna
monotonía del desierto rompe.

Sólo en las lindes póstumas,
cual centenario roble,
se eleva la esperanza... ¡Viejo cactus,
que florece en cien años una noche!

LA ÚLTIMA COPLA

A Enriqueta

Pulsó Cármen la guitarra,
y apenas puso la mano
sobre las cuerdas, huyeron
todas las notas llorando;
y cuando ya del preludio,
por las ondas del espacio,
con vibraciones melódicas
morían los ecos plácidos;
alzando al cielo los ojos
en tus lágrimas bañados,
y encendiendo en vivo fuego
el dulce semblante pálido,
con una voz tan suave
como el arrullo de un pájaro,
fuiste dejando en mi alma

meloso cantar gitano.
 Elegancia y sentimiento
 en el cantar se juntaron,
 modulaciones de estilo,
 notas henchidas de llanto...
 Fué el cantar de despedida,
 que en mi alma vive sonando,
 revelación de un secreto
 que se escapó de tus labios;
 súplica de un «no me olvides»,
 queja de un amor ingrato,
 y juramento de amores,
 para mi mal, ignorados.
 Para cantar tan sentido,
 para amor tan bien guardado,
 para querella tan triste,
 para suspiro tan largo,
 yo tengo también, serrana,
 y aquí en el pecho lo guardo,
 otro cantar que no suena,
 porque yo no sé cantarlo.
 Puse en él todas las notas
 de mi cerebro nostálgico,

lloro en él todas las cuitas,
 de mi pecho enamorado,
 y avaro de su grandeza,
 ni lo escribo, ni lo canto,
 porque es de chispas de fuego
 y el aire puede apagarlo!

.
 Si es que tu por darme gusto,
 llenos los ojos de llanto,
 quisiste echar en mi alma,
 meloso cantar gitano,
 yo también tengo una copla,
 que te brindo, apasionado,
 de la guitarra de Cármen
 al son de los ecos plácidos.

¡Yo no quiero que me quieras
 más que como yo te quiero,
 y quiero que si me olvidas
 tus ojos me lloren muerto!

CORAZÓN

el. Ricardo de Montis

Huyeron ya las auras estivales
que excitaron mi mente soñadora,
murió el amor como fugaz aurora
y apagó la ambición sus ideales.

Cansado lloro mis ardientes males
y es el recuerdo de mi bien, ahora,
amarillento sol que alumbra y dora
de mi vida los yermos arenales.

¡Corazón, corazón! ¿Por qué á mi alma
robas las dichas de la edad primera,
ansias de gloria y seducción de amores?

¿Porqué renacen, con eterna calma,
del seno de mi inútil primavera
pájaros mudos y marchitas flores?

AL PIÉ DE LA REJA

Al Salvador Rueda

Ventanita cuajada de rosas,
de frescos jazmines y verde albahaca,
donde llora la virgen morena
de ojos negros y labios de grana,
 los bruscos desvíos
del hombre que goza la fé de su alma;
¡cuantas veces cogido á tus hierros,
en tiernos coloquios y en íntimas charlas
pasaba soñando las noches enteras
olvidando mis lúgubres ansias!
¡Largas noches de amor! ¡Cuántas veces,
 las luces del alba,
 rompiendo el idilio,
alumbraron la alegre ventana!

¡Largas noches de amor! ¡Os recuerdo
entre sueños de dichas pasadas;
de mi vida en los cielos sombríos
sois estrellas fulgentes y blancas!
¡Quién pudiera pasar una noche,
 en íntimas charlas,
 al pie de la reja,
donde llora la virgen amada!
¡Aun llevo en los ojos, de la última cita
grabado el recuerdo, buril de las almas;
aun llena de luces, colores y notas,
 pudiera copiarla!
.
.
 La noche era tibia,
 serena y tan clara
que en el cielo brillaban los astros
con intensos fulgores de llama.
 Reía la luna
 y á sus lumbres pálidas,
parecía la calle desierta
como una laguna de inmóviles aguas.
 A veces el aire

 movía sus alas,
y esencias de flores, en ráfagas leves,
los callados espacios cruzaban.
 La reja moruna,
adornada de frescas albahacas,
 abrió sus cristales,
silenciosa y rápida,
 y del fondo oscuro,
miré destacarse la figura blanca
de la niña hermosa,
que acudía á la cita anhelada.
 Me acerqué á la reja,
lleno el pecho de penas amargas;
¡Dios te guardel! llorando la dije,
 morena serrana;
¡Dios te guardel, me dijo la niña,
con los ojos preñados de lágrimas.
 La miré temblando,
sin hablar palabra,
 y al amante choque
de nuestras miradas,
por mi mente pasaron aprisa
más penas que tienen arenas las playas,

estrellas los cielos,
y miedos y sombras la noche callada.
De repente al final de la calle,
sonó una guitarra,
con trémolos dulces,
preludiando una copla gitana.....

EL CANTAR DE LA ESPERANZA

al José Sánchez Rodríguez

Tú también eres poeta
tú también lloras y cantas
y en tus cantares describes
los dolores de tu alma.
Sólo á tí puedo contarte
las penas que me acobardan;
tú sólo comprender puedes
mis querellas solitarias!
tú eres un alma de bronce,
que en la sangrienta batalla,
ni las heridas te arredran
ni los trabajos te cansan.
Tú cantas al son del hierro
y con el hierro trabajas,

yo sólo canto mis penas
 al compás de mi guitarra.
 Tu voz hasta en la derrota
 ¡Victoria! dice y proclama;
 en mi voz tan sólo vibran
 mis perdidas esperanzas.
 Tú siempre alientas y vives
 y tus victorias soñadas
 parecen victorias ciertas,
 según como las ensalzas.
 sólo lloro y suspiro
 cuando canto se marchan
 los ayes de mi boca
 los alientos de mi alma.
 el dardo del guerrero impulso,
 fatal hora mal haya
 que gasté mis ardores
 y el acero de mis armas,
 en una lucha que sólo
 con la existencia se acaba;
 que prostituye y maldice,
 y consume en la desgracia
 hasta los mismos valientes

que sobre la cumbre alta,
 clavan con alegre esfuerzo,
 sin saber cómo lo clavan,
 el pendón ensangrentado
 de las victorias logradas!
 ¡Más, ¡no! seguiré subiendo
 con el valor y la audacia
 con que empecé, siendo niño,
 armado de escudo y lanza,
 porque yo no retrocedo
 desde el campo de batalla;
 que está empeñada mi honra
 y la honra es antes que el alma!
 ¡Nadie atrás la vista vuelva!
 ¡ciegue el que mire á su espalda,
 que el buen soldado no mira
 más que arriba, á la montaña!
 ¡Yo voy á seguir subiendo,
 porque me suena en el alma
 la voz de este triste canto
 que no sé quién me lo canta!
 ¡Arriba, arriba, valiente,

sube sin cesar y lucha,
 si mueres en el combate,
 tu escudo será tu tumba!

obispo

castro

comer

abierta

el día de hoy

abierta

COPLAS

de José Trueta

Al pie de un rosal nacieron
 mis ilusiones de amor;
 tu cariño es una espina
 clavada en mi corazón.

Si sientes nieve en el alma,
 mírate el alma un momento,
 verás licuarse la nieve
 con tus pupilas de fuego.

Traición con traición se paga,
 y tú me fuiste traidora,
 ¡mira si tuve conciencia
 cuando te dejé por otra!

Por tí abandoné á mi madre,

cuanto quise y cuanto quiero;
 si no me entregas tu alma
 no tienes perdón del cielo!

¡Yo quiero besarte,
 pero me da pena
 que luego murmure la gente del barrio
 que ya hay quien te besa!

Ni sé lo que tengo,
 ni sé porque lloro,
 ¡siempre estoy con la queja en la boca
 y el llanto en los ojos!

¡Mira si te quiero,
 que la rosa tuya
 se la he puesto á la Virgen del Cármen
 dentro de la urna!

¡Haz lo que tú pienses,
 dí lo que tú quieras,
 pero no te olvides de mis esperanzas,
 ni de tus promesas!

A VICENTE LUQUE GUTIERREZ

Los versos admiré que me has mandado,
 y es lástima, en verdad, querido vate,
 que se acueste á dormir el buen soldado
 tras los roncós estruendos del combate.

¡Vuelve á la lucha, que el que tiene el alma
 templada al golpe de las grandes penas,
 es ley que olvide la apacible calma
 mientras corra la sangre por sus venas!

Tu sabes bien, que con guerrero alarde,
 el soldado ni duerme ni reposa;
 ¡el ocio es para el ánima cobarde!
 ¡la lucha para el alma generosa!

Y es más grande la hirviente catarata
 al desplomarse del peñón tajado,

que el lago que sus senos ciñe y ata
á las floridas cárceles del prado.

¡En la grandiosa lucha de la idea
siempre alcanza el valiente la victoria,
que hasta á aquel que sucumbe en la pelea
le da un abrazo el genio de la gloria!

AUSENCIA

Como una blanca paloma
que huye de su palomar,
sin volver atrás los ojos,
secos de tanto llorar,
ha abandonado su cuna
para no volver quizás,
la diosa que mis ensueños
arrulló con su cantar.
Se deja aquí sus amores,
por eso llorando vá.
«Espera un año mi vuelta,
que un año no he de tardar»,
dice y tendiendo las alas
de los vientos en el haz,
se alejó del horizonte
por la vaga inmensidad.

Antes de partir, un día
ante la sagrada faz
de un Cristo, juró llorando
no olvidar mi amante afán.
Pero el tiempo vuela y hace
juramentos olvidar
y con la ausencia y el tiempo
las memoranzas se van.
Nadie sabe á punto fijo,
de lo que el tiempo es capaz;
nos trae al azar la dicha
y se la lleva al azar.
¡Así quedé al partir ella
en mi oscura soledad,
con un dolor en el pecho
y en los labios un cantar!

¡Hay un milano que acecha
los cruces del palomar;
paloma que huye del nido,
quién sabe si volverá!

TARDE SERENA

DE LAS MEMORIAS DE UN VIEJO

Puesto en la edad postrera de la vida,
ya que del mundo sin sentir me alejo,
remozo el corazón gastado y viejo,
con memoranzas de la edad perdida.

El cano tiempo de veloz huida,
el brío extingue de mi antiguo rejoy;
pero al alma gozar tranquila deyo
una ilusión de juventud florida.

Así, sin ansias, lágrimas ni penas,
embebecido en somnolencia vaga
mis horas paso de dulzuras llenas.

Y en brazos de ese sueño que embriaga,
se va helando la vida por mis venas,
como serena tarde que se apaga.



HORA DE AMOR

Gemian las ondas
besando la playa...
¡Qué tarde tan dulce!
¡Qué tarde tan dulce y tan larga!
¿Te acuerdas? La luna
brillando en Oriente con lumbres doradas,
arrojaba á los mares dormidos
su vitela de fuego y de plata.

Jugando la brisa,
alredor de tu frente de nácar,
ondeaba los rizos brillantes
de tu cabellera, como el sol dorada.

Augusta tristeza
invadía en silencio mi alma,
en tus ojos copiábase el cielo
y en mis ojos la mar se copiaba.

Yo pensaba en las luchas del mundo
 y en los verdes lauros que brinda la fama,
 en mis grandes penas
 y en mis tristes ansias...
 Amores y dichas,
 tu mente soñaba,
 dormidos recuerdos
 de dulces nostalgias,
 risueñas auroras
 y cielos azules y noches calladas....

 ¿Te acuerdas? De pronto,
 se llenaron mis ojos de lágrimas.
 —¿Porqué lloras? dijiste, ¿qué tienes?
 ¿qué duelo te aflige, qué pena te embarga?
 Y clavando en mis ojos sombríos
 tus grandes pupilas color de esmeralda,
 y acercando tu boca á mi boca,
 con mohines de niña mimada,
 secaste mi llanto
 diciendo en voz baja:
 —¡Yo no quiero que llores, bien mío,
 ni quiero que ocultes tus penas amargas!—

¿Cómo fué? ¡Qué se yó! ¿Quién resiste
 las caricias del beso que estalla?
 ¿Quién contempla la fuente que corre
 y no extingue la sed que le abrasa?
 El amor puso fuego en mis venas
 y ardió en mis entrañas...
 ¿Te acuerdas? La luna
 brillando en Oriente con lumbres doradas,
 arrojaba á los mares dormidos
 su vitela de fuego y de plata;
 y la ola serena
 que moría temblando en la paya,
 al mirar en la arena tu nombre,
 llenaba, riendo, los surcos de agua...

LEYENDO Á HEINE

Cierro tu libro, poeta,
y transportado en tus rimas
se eleva hasta tí mi espíritu
con vagas melancolías.
Contigo lloré, punzado
por mis amorosas cuitas,
que con tu cantar, mis penas
reverdecen y germinan.
He bebido, gota á gota,
de la inspiración magnífica
el raudal que se derrama
por tus bellas poesías,
como la de Himeto, dulce
miel, del ánfora caída.

He escuchado las canciones
 de sílfides y de ondinas
 que al resplandor de la luna,
 cantan, del mar á la orilla,
 y he visto á la hermosa dama
 que jura amores y olvida
 sus juramentos más firmes
 y sus promesas más íntimas.
 La bandera de la patria,
 los dioses griegos, la risa,
 los celos y el llanto, el rudo
 tegedor, la blanca niña,
 el ruiñeñor que en el bosque
 canta y llora, la barquilla
 que naufraga y de la aldea
 la abandonada casita
 y el castillo gigantesco
 que hasta las nubes se empina,
 y el día sereno y claro
 y la noche oscura y fría...
 Todo pasó vagamente,
 ante mi asombrada vista,
 cual visión que á tu conjuro

cobra movimiento y vida.
 ¡Heine! gran Heine, poeta
 del dolor y la ironía,
 de la primavera hermosa,
 y de las hojas caídas...
 yo también contigo lloro,
 y transportado en tus rimas,
 se eleva hasta tí mi espíritu
 con vagas melancolías...

.
 Soñé. La noche es serena,
 silenciosa y perfumada;
 brilla en el cielo la luna,
 y está la ciudad en calma.
 Mucho tiempo há que no paso
 por la calle solitaria,
 ni veo el nido risueño
 donde vive mi adorada.
 Mi adverso sino me tuvo
 un año en tierras lejanas,
 así es que al pisar la calle
 sentí emoción ignorada...
 El mismo silencio reina

alrededor de la casa;
la misma sombra protege
la florecida ventana...

Gran Dios! ¡Detrás de la reja,
su misma figura blanca,
escucha con faz alegre
las amorosas palabras
que otro galán á su oído
murmura con voz callada!
La mano llevo al acero,
suelto el embozo á la capa,
y en un arranque de furia,
llena de celos el alma,
me lanzo á herir al villano
que así mis penas agranda.
Pero de pronto, á mi oído
llega la voz recatada
del galán, que gime y llora
los desdenes de la ingrata,
y arrepentido, volviendo
á mi indiferente calma,
me alejo, con faz sombría,
de la calle solitaria,

y dejo al galán que llore,
como, al pié de la ventana,
lloraba yo mis pesares
y mis amorosas ansias.

RECUERDOS

al Julio Tellicer

Cubriendo de celajes el Ocaso,
muriente sol doraba la espesura,
cuando la ví llegar, trémulo el paso
y la faz deslumbrante de hermosura.

Gentil busto de diosa,
de blanca leche y encendida rosa,
pié breve y duro seno,
cabellera dorada,
rostro dulce y sereno,
ojos de luz y boca de granada.

Esmeralda de nombre y de valía,
alma de fuego para amar creada,
aún más ardiente que la luz del día.

El sol que se apagaba en el Ocaso,
la besaba con tibios resplandores,
y así la ví avanzar, trémulo el paso,
cantando dichas y cogiendo flores.

Y con ansias de besos y excitante
laxitud, que aun el alma me enagena,
cayó en mis brazos, lúbrica y amante
de gozo henchida y de lascivia llena...

¡Oh, Esmeralda, beldad fascinadora,
visión enamorada,
que, cual fugaz aurora,
bañó de luz mi juventud pasada!

¡Oh, amor! purpúreo sol, lumbre radiante
que las pupilas hiere;
sol que marchita el corazón amante
y es color y se esfuma, y luz y muere!

¡Oh! juventud del alma; primavera
de amor, siempre florida,
¿quién volver al espíritu pudiera,
con ansia placentera,

tu fresca savia que á gozar convida?

¡Oh, recuerdos de dichas que pasaron!...
¡Auras primaverales,
que en el alma dejaron
amargos bienes y sabrosos males!...

LA SIRENA

A Nicolás Muñoz Cerisola

La tarde muere; por Oriente sube
cándida luna de encendida vesta,
las estrelladas gemas de la noche
en el cielo sin luz fúlgen y tiemblan;
la mar se cubre de espumantes copos;
tenaz ventisca sobre el agua vuela,
y la onda blanca al reventar bramando
por los peñascos de la costa trepa.
Bajel soberbio de elevada prora
que se divisa entre distancia y niebla,
roto el velámen, abandona el casco
á merced de la indómita marea,
mientras que el agua, con airado choque,
arroja de la playa á las arenas,

hechas astillas las grandiosas puentes,
 y hechas girones las flotantes velas.
 Yace tendido en la desierta playa
 el cadáver de un nauta, que se aferra
 á inútil leño con estrecho abrazo,
 cual si aún luchara con la mar inquieta.
 Un cuervo ronda el funerario grupo,
 una vez y otra vez torna y se aleja,
 huye como una flecha mar adentro,
 azota el agua con sus plumas negras
 y vuelve lentamente hacia la playa
 acechando la carne que le espera.
 Y entre el rumor del viento y de las olas,
 como visión de lúbrico poeta,
 bañada en indecisas claridades,
 fiel trasunto de Venus Citerea,
 surgió de pronto de la blanca espuma
 escultural y espléndida sirena.
 Desnudo el busto, palpitante el seno,
 destrenzada la rubia cabellera,
 las pupilas más verdes que los mares,
 los labios de coral, y en la risueña
 expresión, la impudicia tentadora,

el deseo sin fin..... Cruzó la estrecha
 franja arenosa y se acercó al marino
 que, asido al leño, reposaba en tierra.
 Abrazándose al cuerpo inanimado,
 puso un beso de fuego en su morena
 faz, y con regalada melodía,
 dió al aire esta canción lasciva y tierna.

Ya estoy á tu lado,
 ¿Qué temes? ¡Despierta!
 ¡Por fin he podido ceñir á tu cuello
 de mis brazos la blanda cadena!
 Vengo con la noche,
 con el alma triste de esperanzas llena,
 á romper tu sueño y á besar tu boca
 y á echar en tu oído mis dulces querellas.
 Deja que te cante mis dolientes ansias,
 deja que te cuente mis amantes penas.
 ¡Me muero de celos
 porque sé que una virgen te espera!
 ¡Yo quiero ser tuya
 y en tus brazos morir prisionera!
 ¡Mira como brillan mis pupilas verdes,

mira como tiemblan
 mis redondos pechos; como brilla y árde
 el coral fundido por mis anchas venas!

¡Mis manos abrasan,
 con la fiebre mi cuerpo se incendia;
 te rondaba y te adoro, mancebo,
 despierta, despierta!

Dijo y calló, fijando en el cadáver
 sus ojos de esmeralda. Por la esfera
 descendía tranquila y lentamente
 negra legión de sombras; las estrellas
 brillaban más y la naciente luna
 iba argentando su movible rueda.
 De repente, la mar alzóse en comba,
 bañó la playa la onda gigantesca,
 y arrastró hasta el abismo la resaca
 al muerto nauta y la gentil sirena.

NOSTÁLGICA

Al Miguel Silés Cabrera

La luna en los cielos arde,
 la noche es clara y serena,
 murmura y ríe la brisa
 en las hojas de la selva,
 y un ruiseñor en la fronda
 canta sus amantes penas.
 Absorto detengo el paso,
 porque en su canción espléndida,
 cantando querellas tristes,
 canta mis tristes querellas.
 AVECILLA, que escondida
 del bosque en la fronda espesa,
 parece que tienes alma
 según como te lamentas;

calla la voz melodiosa,
llora en silencio tus penas
y no turbes mi tranquila
y glacial indiferencia,
despertando mis recuerdos
y avivando mis tristezas.

¡ARRIBA!

A Francisco Villaspesa

La sacra musa de vibrantes ecos,
que en mi cerebro oscuro ruge y canta,
y alza su voz terrible y luminosa
sobre la ronca voz de las batallas;

la que, encendida en épicos furores,
con generosa indignación levanta
su canto hasta los cielos, y apostrofa
á los dioses dormidos en las aras;

la musa que me alienta en el combate,
que siempre ardiendo en cólera sagrada,
quiere, mirando la montaña negra,
allá en la cumbre colocar la planta;

y por cumplir su inextinguible anhelo,
desnudo el pecho y sin defensa el alma,
emprende el paso que á la cumbre sube
librando cimas y saltando zanjas;

hoy á mi oído, con acento blando
de voz que gime y llora y que se apaga,
murmura una amorosa cantilena
llena de tristes y dolientes ansias;

y aunque la quiero ahogar dentro del pecho,
es tan grande el amor con que me abraza,
que hace que me detenga y correr deje
el raudal inextinto de mis lágrimas.

Sangriento luchador, que en el combate
al mandato de Amor sueltas las armas,
¡vuelve otra vez á recobrar tu brío!
¡torna otra vez á recoger tu lanza!

¡Seca ese llanto que te mancha el rostro,
y si en medio del campo de batalla,
vuelves á oír el amoroso acento
y con cobarde indecisión te paras;

Sé como Ulises, que esquivando el eco
de las sirenas que en la mar se bañan,
se amarra al buque que le presta asilo
y desdeña el placer que le embriaga!

¡No escuches, no, la voz de la sirena
que con dulce compás traiciones canta,
y si en el fondo de tu pecho amante
se agotan tus postreras esperanzas,

torna á la ruta que te dió el destino
y que hoy la fuerza del dolor te marca,
y sigue el paso que á la cumbre llega
librando cimas y saltando zanjas!

CÁRMEN

al Ramón el Urbano

Con mucha luz en los ojos
y mucho fuego en el alma,
y en las mejillas morenas
un beso del sol de Málaga,
por esas calles arriba
va Carmen la trinitaria,
derramando en sus andares
los hechizos de su gracia.
Elegante y primorosa,
provocativa y gitana,
no escucha más que requiebros
por donde quiera que pasa,
porque ella es reina del barrio

y al fuego de su mirada,
 se encienden los corazones
 y se enamoran las almas.
 Lloran por ella más mozos
 sus desdenes y sus ansias,
 que estrellas tienen los cielos
 y arenas tienen las playas,
 y todas las noches hay
 delante de su ventana,
 despechos, llantos y riñas,
 cantares y serenatas.
 Su reja es altar florido
 lleno de rosas y albahacas,
 en donde gusta de noche
 su amor en íntimas charlas;
 pero ¡ay! la florida reja
 está hace tiempo cerrada
 y están marchitas las flores
 que entre sus hierros se enlazan...
 ¡Con qué tristeza la miran
 los rondadores que cantan!
 ¡Cuántos esperan en vano
 que sus cristales se abran!

Pero la niña está triste
 y embebecida en sus lágrimas,
 ni escucha las malagueñas,
 ni con sus ayes se ablanda,
 ni la conmueven las voces
 con que gime la guitarra.
 A la guerra fué el buen mozo
 á quien entregó su alma,
 y de la guerra no vuelve
 porque ha muerto por la patria,
 dejando sin alegría
 á la hermosa trinitaria.
 Y así, ocultando su pena,
 en todas partes se halla,
 con mucha luz en los ojos
 y mucho fuego en el alma,
 ¡porque ella es reina del barrio,
 y al brillo de su mirada,
 se encienden los corazones
 y se enamoran las almas!

TIBERIADES

A Emilio Ferrazi

La tarde va á morir; desde la altiva
cumbre del sur, que cierra el panorama,
con transparencia luminosa y viva
del sol se extingue la sangrienta llama.

La cresta de Safed trémula brilla,
y en los picos de Hermón, blancos de hielo,
se copia y resplandece la amarilla
crepuscular coloración del cielo.

El terso lago, con vaivén suave,
aquieta el golpe de sus mansas olas,
y están, en medio de silencio grave,
sola su faz y sus riberas solas.

Vense á la orilla rústicas cabañas,
de pescadores por el sol curtidos,
en cuyos techos de pajizas cañas
tejen las aves de la mar sus nidos.

Genezaretz eleva sus jardines
de tamarisco y de laurel poblados,
que esparcen por los plácidos confines
sus alientos de flor embalsamados.

Y más allá, la vista se derrama
por una feracísima llanura,
que se extiende en brillante panorama,
toda llena de manchas de verdura.

Es la hora del amor. Ventisca leve,
con rumor de aletazos de paloma,
las finas lenguas de las palmas mueve,
por los boscajes de la abrupta loma.

Es la hora en que la tierra se desmaya,
la hora en que el canto de las aves cesa,
la hora de amor en que la verde playa
se duerme al son del agua que la besa.

Se hunde el paisaje en infinita calma,
y al turbio rayo de la luz del día,
se reconcentra y se emociona el alma
con íntima y tenaz melancolía.

Ved. Ya Jesús sobre la vieja nave
que el brazo de Simón hundi6 en la arena,
dirige á sus discípulos, suave
predicación de venturanzas llena.

¡Cuán grande y cuán hermosa su figura
parece ante la turba que le admira!...
Su larga y empolvada vestidura,
en sueltos pliegues por el viento gira.

Obscuro es el color de sus cabellos
y correcto el perfil de su semblante,
garzas las tintas de sus ojos bellos,
dulce el acento de su voz vibrante.

Es su oración sinfónica armonía
llena de notas lánguidas y graves;
sombra y luz, sol y nieve, noche y día,
rumor de olas y cantar de aves...

Al eco de su voz viva y ardiente,
¡con qué emoción la turba galilea,
en su alma tosca germinar presente
de un culto nuevo la confusa ideal

Culto que al golpe ideal de la palabra,
cobra de FÉ y Amor, aliento y vida,
inmaterial encarnación que labra
al Bien eterna y redentora egida.

Habla á los pobres, que con hondo anhelo
escuchan sus consejos inspirados.
¡Cómo llora la grey que espera un cielo
cuando Él les dice: ¡Bienaventurados!

Y mientras que Jesús al bien incita,
el rojo sol se pierde en lontananza
y se asombra la bóveda infinita
sobre un cielo de amor y de esperanza.

CREPÚSCULO

Te ví avanzar lentamente
por la ancha senda del parque
que orillan verdes acacias
y florecidos rosales.
El sol teñía el Ocaso
con transparencias de sangre
y la risueña avenida
á su resplandor dorábase.
Buscando el calor vivífico
del sol, apenas brillante,
chillaban las golondrinas
y en las copas de los árboles
con gorjeos melancólicos
los colorines quejábanse.
La sombra por el Oriente

iba espesando el ramage;
 cerraban las gayas flores
 sus encapullados cálices;
 efluvios de primavera
 enrarecían el aire
 y se aspiraba en la brisa
 la embriaguez de la tarde.
 Te ví avanzar por la senda
 de acacias y de rosales,
 con lento paso, magnífica,
 soñadora y elegante.
 Daba en tus rubios cabellos,
 besos el sol; dibujábanse
 desde que ríe en tus labios,
 y en tus pupilas brillantes
 pasión que llora; tu busto
 con gallardía cimbrábase....
 Te ví avanzar, blanca diosa
 de mis delirios, amante
 visión de mis esperanzas
 y musa de mis cantares.
 Los corazones latieron
 amorosos y constantes.

¿Te acuerdas? Yo alcé los ojos
 y tú los tuyos alzaste;
 nuestras miradas chocaron
 como espadas de combate,
 pero ¡ay! callaron las almas
 indecisas ó cobardes...
 ¿Tan grande fué mi desvío
 y tu ingratitud tan grande?

 Y te seguí con la vista
 por la ancha senda del parque
 que orillan verdes acacias
 y florecidos rosales,
 hasta que ya, confundida
 con las sombras de la tarde,
 ví perderse en el espacio
 la blancura de tu traje.

DESALIENTO

al Manuel Reina

En la hora sombría,
en que el alma gigante del genio
sus penas llorando,
puebla el aire de tristes lamentos;
en que el hombre se siente poeta
del dolor al impulso sangriento,
y arroja á los aires
las grandiosas canciones sin ecos,
en que vibran y cantan y gimen
las penas oscuras que hieren su pecho;
os dedico esta rima doliente,
que retrata por modo diverso,
las oscuras batallas que rifien,

derramando su sangre de fuego,
 en el fondo del pecho cansado,
 del dolor los oscuros espectros
 y las claras, alegres visiones
 de las diosas que alegran los sueños.

¡Solitario dolor que en mi alma
 batallas venciendo
 y encadenas mi cuerpo á la roca
 donde ruge el audaz Prometeo;
 fugitivas, doradas visiones,
 que alentais mi existencia á lo lejos,
 y me haceis que la bronca pendiente,
 con mi carga de penas y versos,
 suba, y caiga á mitad del camino
 de heridas cubierto!
 ¡Arreциad, arreциad el embate!
 ¡venid que no os temo!
 ¡Si ya siento mis hombros rendidos
 al bárbaro peso
 de mi cruz, y correr por mis venas,
 con extrañas caricias de hielo,
 el licor de la copa del vicio

que hidrópico bebo,
 ¡sin pensar que al mirar la hermosura
 de la copa dorada, no advierto
 que está envenenado
 el licor que se oculta en su seno!

¡Sí, arreциad, arreциad el embate,
 ocultos engendros
 de las sierpes del mal, que dejais
 exangüe mi pecho,
 sin fuerzas mi brazo
 y sin una ilusión mi cerebro!

¡Arreциad, arreциad y llevaos
 girones y restos
 de glorias y dichas, gozadas tan solo
 en mis grandes delirios de enfermo!

¡Llevaos de mi alma
 los gratos recuerdos,
 de amores ardientes
 como olas de fuego,

que encendieron la sangre en mis venas
 y el mal en mi pecho,
 y luego escaparon
 arrastrando un lucido cortejo
 de nubes de oro,
 juramentos de amores y sueños
 y esperanzas, que huyeron aprisa
 como trombas del largo desierto!

¡Dejadme en el mundo,
 que viva muriendo,
 sin gloria y sin nombre,
 en un caos de antiguos recuerdos!
 ¡Y ponedme una venda en los ojos;
 dejadme así ciego,
 porque aun arde en mis negras pupilas
 la luz de los cielos!
 ¡Que aun deslumbra el sangriento crepúsculo;
 paladín destrozado, aun aliento,
 y no quiero volver á la lucha,
 para hacer tristemente de nuevo,
 de Cristo que cae
 de la cuesta en el rudo comienzo!

¡Y después, cuando muera olvidado,
 ceñid á mi cuerpo
 un sudario como el que llevaba
 Jesús Nazareno!
 ¡Y poned en mi pálida frente
 el laurel inmarchito del genio,
 y en mis manos la palma del mártir,
 y la cruz del cristiano en mi pecho;
 y dejadme dormir en la tierra,
 el helado y letárgico sueño
 de la dicha, que eterna se goza
 con la fría conciencia de muerto.
 ¡Ay! ¡Quién sabe si allí, solamente,
 de la tierra en el grave silencio,
 gozaré de la gloria que ansío
 soñando despierto!

Enterradme á la sombra de un árbol,
 y al ceñir sus raíces mi cuerpo,
 darán á las flores aromas y mieles
 mis pálidos restos.
 ¡Nadie sepa que al pié de aquel tronco
 que muere de viejo,

yace el cuerpo incorrupto y helado
del poeta, que olvida ya muerto,
 las glorias humanas
y las tristes nostalgias del cielo

VISIÓN DE OTOÑO

de Juan Antonio de Torre

El bosque está desnudo. Sol de Otoño
en clara tarde alumbra la arboleda
y en los broncos pinares de Occidente
con resplandor de incendio se refleja.

Cantan algunos pájaros; la sombra
avanza por Oriente, y en la intensa
languidez del crepúsculo, se aspiran
aromas de perennes florecencias.

Del fondo de los bosques amarillos,
se alza un coro de voces tremulentas,
que en el silencio de la tarde, cantan
truncas estrofas de lascivia llenas.



Canción de amor vibrante y melancólica,
que la aridez de las desnudas selvas
inspira, y que ora es blando arrullo de aves
y luego aullido de enceladas fieras.

Es la canción de Otoño, la inspirada,
voluptuosa canción de las doncellas,
que se acercan, asidas de las manos,
dando al aire las rizas cabelleras.

Son rubias como el oro de la tarde,
de ardientes ojos y de formas bellas,
con la incentiva desnudez de Venus
y su hermosura escultural y espléndida.

Vienen tejiendo las divinas danzas
del Amor, y del baile en las revueltas,
se dislocan sus músculos turgentes,
giran sus brazos y sus pechos tiemblan.

Llegó, como un revuelo de palomas,
el tropel de las vírgenes, que sueñan
con el esposo que sus brazos buscan,
entre las ansias que sus almas queman.

Pasaron bulliciosas y rientes.
De los perdidos besos, las cadencias
gemían en los aires, y en sus ojos
de la ilusión brillaban las estrellas.

¡Allá van, coronadas de azahares,
las que vieron pasar la primavera,
sin las caricias del amante esposo,
sin el amor de las lascivas hembras!

Es su canción impúdica y nerviosa,
la ardiente voz de la ansiedad eterna;
la tentación, que en las dormidas almas
al dulce grito del amor despierta.

¡Visión de Otoño! Tras los altos pinos
siguió su marcha el coro de doncellas,
y el eco de sus lánguidos cantares
se amortiguó con gradaciones lentas;

cuando ya en las azules lejanías,
que se esfumaban en la luz incierta,
iba borrando la nocturna sombra
los agrestes contornos de la selva.

EL COLLAR ROTO

No llores, porque tu lindo
collar de irisadas perlas,
suelos los dorados broches
que en el hilo las sujetan,
por el suelo, desgranadas,
ruedan.

No llores tu collar roto;
coge las hermosas piedras;
que un joyero las engarce
y reirás cuando vuelvas
á ceñirlo á tu garganta
bella.

Llora, sí, cuando se rompa
el collar en que sujetas,
con el broche del encanto,

irisadas como perlas,
las venturas que tu alma
sueña.

¡Que el encanto que se rompe,
no hay joyero que lo arregla,
y las perlas se desgranán
como lágrimas que tiemblan
al salir, y de los ojos
ruedan!...

CRUZ DE MAYO

A Emilio Fernández Vaamonde

Sobre un altar, de luces exhuberante,
se alza la cruz de Mayo, llena de flores,
que por dosel, al fondo, tiene un brillante,
regio mantón de seda de mil colores.

Con alegre bullicio la gente moza,
allí, del ancho patio, bajo la parra,
charla, ríe, se agita, canta y retoza
al compás soñoliento de la guitarra.

Allí está el Nazareno, crucificado,
entre una turba de hembras provocativas,
allí está el Nazareno, roto el costado,
y cubierta la frente de siemprevivas.

Alumbra los espacios la luna llena
con luz de nacarada melancolía,
y perfuma el ambiente brisa serena,
aliento de las noches de Andalucía.

Late en todos los pechos franco alborozo;
á cada instante truena la risa loca,
y al gemir la guitarra, preludia un mozo
un cantar que recuerdos de amor evoca.

La guitarra solloza, triste y doliente,
cuando, transida el alma de hondos anhelos,
canta el mozo su pena con voz ardiente
en una amarga copla llena de celos.

Pero luego, pulsada con hábil mano,
acompaña en las dichas de sus amores,
á un ruiseñor que sabe cantar gitano...
cuando canten gitano los ruiseñores.

A Cármen, que es la niña de más salero
que ha nacido en el barrio de los Percheles,
con los ojos brillantes como un lucero
y la cara de rosas y de claveles.

A las turgentes formas esculturales
ciñe un rojo pañuelo, y en la hechicera
boca, luce más perlas y más corales
que jazmines salpican su cabellera.

Y aunque ella tiene un mózo que la enamora,
un mozo que por ella de amor se inflama,
como él no está allí, todos la cercan ahora,
como las mariposas cercan la llama.

En todos los semblantes el gozo brilla;
está de alegre gente la casa llena;
corre de mano en mano la manzanilla
y transcurren las horas de la verbena.

Y aunque despunta el día, la gente moza,
allí, del ancho patio bajo la parra,
charla, ríe, se agita, canta y retoza,
al compás soñoliento de la guitarra.

Mientras el Nazareno crucificado,
entre una turba de hembras provocativas,
está allí agonizante, roto el costado,
y con la frente llena de siemprevivas...

NOCTURNA

Yo te esperé en el parque solitario,
lleno el pecho de afán y de esperanza;
¿porqué faltaste á la amorosa cita
con que encendiste mis eternas ansias?

Yo te esperé en el parque. Estiva noche
envolvía la tierra, perfumada
con los efluvios de los broncos pinos
y los alientos de las tierras cálidas.

Allá en el hondo abismo de los cielos
brillaban las estrellas, y á mis plantas
el resplandor de la menguante luna
fingía un lago de serenas aguas.

La fronda, á los halagos de la brisa,
estremecía sus verduzcas palmas;
un ruiseñor cantaba en la espesura
y gemían los grillos en las matas.

Vibrante y limpia como trino de ave,
alentando mi amor y mi esperanza,
¡ay! cuántas veces resonó en mi oído
tu voz, tu dulce voz que me llamaba!

¡Ay! cuántas veces por las anchas sendas,
te ví avanzar, espléndida y gallarda...
Blanco rayo de luna era tu cuerpo
y rumor de las hojas tus pisadas...

¡Y cuántas veces, el encanto roto,
ardió la fiebre en mis mejillas pálidas,
y allí, á mis solas, devoré mi angustia,
lloré mis celos y vencí mi rabia!

Si amor eran los besos de tu boca
y amor la dulce miel de tus palabras,
¿porqué faltaste á la nocturna cita
conque encendiste mis amantes ansias?

.....

Allí en el banco rústico que cerca
el amplio cenador de la terraza,
la lenta noche adormeció mi vista,
cerró mis ojos y embargó mi alma.

Y al fin, en sueños, te miré, gozoza
avanzar por la senda solitaria,
amante Ofelia, con la sien ceñida
de clavellinas y de rosas blancas.

La luna nacaraba tu semblante,
y al escuchar tu risa enamorada,
se asomaban las aves á los nidos
y se abrían las flores en las ramas.

EL VASO DE AJENJO

A Melchor de Lalan

Con reflejos verdes,
en el vaso tiembla
el ajeno, el grato licor de los tristes,
de los soñadores y de los poetas.

Brindemos. La dicha
en el fondo del vaso me espera;
mirad como ríe
tras el irisado cristal de Bohemia.

¡Qué limpio y qué verde! Mi vaso de ajeno,
tiene los cambiantes y la transparencia
de las esmeraldas
y los resplandores de los ojos de *ella!*

¡De ella, de la diosa
que atractiva y tierna,
me fingió un cariño de vibrantes ansias
y de amantes penas!

¡Su recuerdo grato, mi cansada y triste
juventud orea,
como errante brisa que del campo viene
de perfumes llena;
y en tropel, del alma
surjen los ensueños de la edad aquella,
como mariposas que en los troncos duermen
y que el sol despierta!

¡Oh, dulces recuerdos
de la adolescencia,
ya vuestros cantares
me parecen quejas!

¡Oh, dulces recuerdos, pájaros del bosque,
que entonais endechas
desde los nidales
en las alboradas de la primavera;

volvedme á la vida
de las ilusiones y de las promesas;
que alumbren mi alma
los rayos ardientes del sol; que las selvas
respiren sus brisas cargadas de esfluvios,
y cubran los troncos nidadas y yemas,
y cierren las tardes preñadas de sombras,
y se abran las noches cuajadas de estrellas
y torne á mis brazos
aquella amorosa, gentil compañera!...

¡Cuántos horizontes á mi vista se abren,
ante el limpio néctar,
que en el vaso ríe
tras el delicado cristal Bohemia!

¡Oh, vaso de ajenjo!
¡Cuántas veces ¡cuántas! mi amargura intensa
se apagó en tus ondas,
en tus verdes ondas, claras y serenas!

¡Bebamos! La dicha
en el fondo del vaso me espera.

¡Brindemos alegres por los que combaten
y por los que lloran y por los que sueñan!

¡Oh, dulces encantos
de la adolescencia!

¡Oh, ajenjo! ¡Oh, ardiente licor de los tristes,
de los soñadores y de los poetas!

ÍNDICE

	Páginas
Carta-prólogo.	5
Lamento	13
Cristo expirante.	17
¡Cobarde!	19
La elocuencia.	23
Coplas	25
Nuevo lamento	27
Nidos.	31
Melancolía.	33
Spoliarium.	37
Tus ojos.	39
Epístola a un amigo.	41
Juguetes	47
Adios a Málaga	53
Estrofas.	55
La última copla.	57
Corazón.	61
Al pié de la reja.	63
El cantar de la esperanza.	67
Coplas	71
A Vicente Luque Gutiérrez.	73
Ausencia	75
Tarde serena.	77
Hora de amor.	79
Leyendo a Heine.	83
Recuerdos.	89
La sirena	93
Nostálgica.	97
¡Arriba!	99
Cármén.	103
Tiberiades.	108
Crepúsculo.	111
Desaliento.	115
Visión de Otoño.	121
El collar roto.	125
Cruz de Mayo.	127
Nocturna	131
El vaso de ajenjo.	135



Obras del mismo autor

CANTOS SIN ECO . . . 2,50 pesetas

EN PREPARACIÓN:

ACUARELAS (poesías)

CREPÚSCULOS (poesías)

